

echar el truque y retrucar, aunque no sea más que una vez en la semana. pues toda mujer está conforme con mandar pero ninguna con ser ella la que imponga la autoridad, cuando lo que desea y necesita es que la sometan a ella la primera y vivir exenta de responsabilidades por no acertar a gobernar sin guardainfante.

NOCHES TOLEDANAS

No sé por qué les llaman toledanas a las que son de veras noches malas y dudo que pueda ser por los mosquitos que decía Covarrubias pues hay muchas razones históricas para pensar que en Toledo se debieron pasar canutas en muchas ocasiones y a prueba de los ánimos mejor templados.

A los viejos en general no les escasean los noches toledanas, con la agravante de tener que sufrirlas cuando ya no pueden defenderse en ellas de ninguna manera, pues la soledad, compañera inseparable de la incapacidad, se enseñorea de su vida sin que sea ni mucho menos excepcional, que se vea sin comida o con pan y lo que haya y sin lumbre en las tenebrosas noches del invierno helado.

Que grande, que inmenso es llegar a viejos y contemplar abierto el gran libro de la vida con todas las hojas del testamento, ni el viejo ni el nuevo sino el eterno. Y qué enorme el silencio que hay en el aposento que tan poco le falta para ser el de los muertos. Tu mismo, arropado, te ves como enterrado y aparte de lo que sabes que bulle por la calle, pues aunque te tapas oyes las pisadas de quienes cruzan por la calzada mientras te echas las mantas y aguantas, como si en tu casa ya no hubiera nada. Y cualquiera que entrara así lo pensaría, no viendo nada, la quietud, el silencio, la casa helada y ni asomo de gente ni vida de nada. ¿Qué cuentas te haces debajo de las mantas con la cabeza tapada?. ¡Ah!, echate las mantas por la cara, piensa en las demás circunstancias y verás como te ves enterrado y no extrañas que muchas personas que no están tan locas ni tienen esperanza, liquiden y se vayan en busca de la nada.

Como estás helado y tienes catarro, las toses del viejo suenan en el hueco del aposento como en un cajón cerrado, aunque solo él lo oye y nadie se pone en cuidado ni se inquieta por si pudiera haber algo en la caja aquella que parece que suena y se rebulle lo que tuviera.

Al cesar la tos, se apaga el murmullo de la poca agitación y en el frío silencio de la madrugada se perciben mejor las pisadas del hombre que pasa, el pitido de las maquinas, el perro que ladra y el coche que corre en busca del tiempo que le falta. Nada al viejo le hace compañía v como si eso poco le estorbara, el viejo se tapa y se vuelve hacia la tapia por si se durmiera y descansara, que le hace buena falta, porque aún sin dolencias malas todo se le amarga.